POSTAL GERUNDENSE

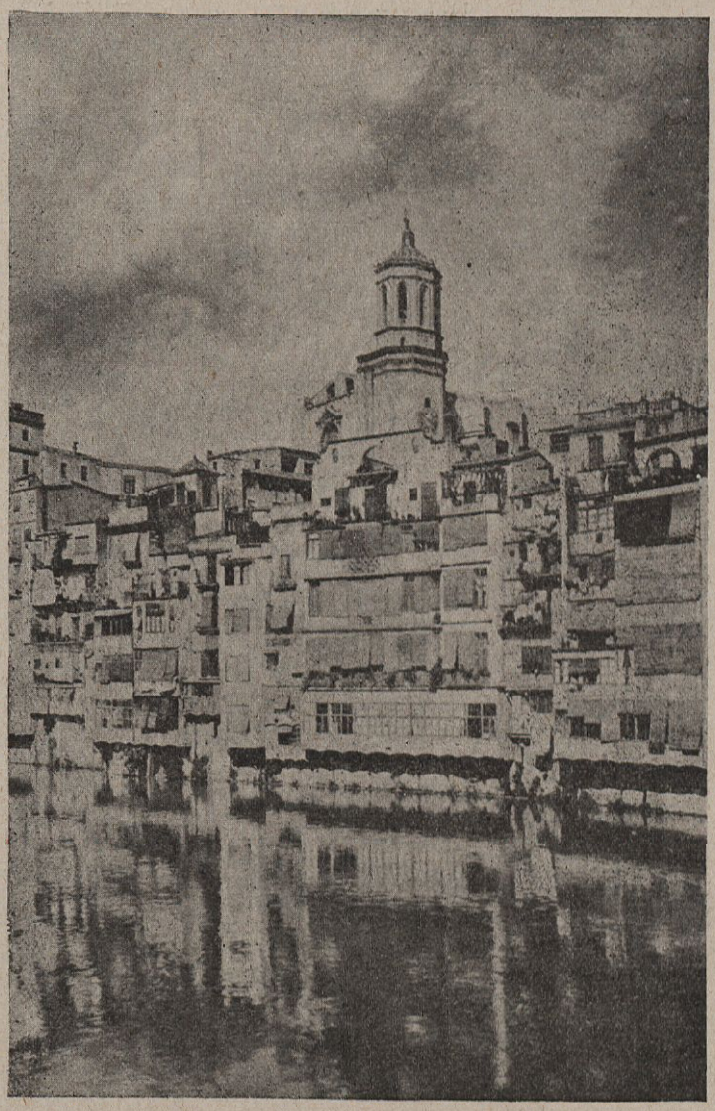
UNA GAVIOTA SOBRE EL OÑAR

POR ANTONIO C. COB

LA otra mañana, desapacible mañana de Noviembre, me di realmente cuenta de que el invierno está a las puertas de Gerona. Con la amable impresión del calorcillo de la cama aún en mí, al atravesar el puente de San Agustín, pude contemplar las evoluciones que una gaviota realizaba sobre las sucias aguas del Oñar. Estuve contemplándola un momento y ello me hizo reflexionar. ¡Mal tiempo en la costa debe de hacer!, me dije.

Pero no es sólo el mal tiempo circunstancial el que empujó a aquella simpática ave marina a remontar el Ter y buscar su sustento en las corrientes del interior. Otras veces hace también temporal en la mar y las gaviotas no vienen. Es el invierno quien incita a muchas aves al éxodo.

Y ante mis ojos fué desfilando lentamente el invierno gerundense y sus secuencias. El invierno en sí, el invierno para los niños, para mucha gente, da comienzo cuando se instalan en la vía pública las castañeras, cuando los árboles se van despojando de sus últimas hojas y los soldados y los guardias sacan la ropa de invierno. Pero este año San Martín, fiel a su promesa, nos ha regalado con un «veranillo» que casi se puede codear con el ampuloso verano que, en el año presente, dejó algo que desear. Días de un sol magnífico y temperaturas agradables nos han ido acompañando con los días novembrinos. Pero la gaviota sobre el río Oñar... Seguramente ha venido a anunciarnos que no debemos de hacernos ilusiones y que el rigor del inexorable invierno se apresta a dejarse caer sobre la comarca, sobre las plantas y sobre las piedras, sobre las personas y los animales. Ya no pían los pajaritos en los arces que rodean el monumento a los defensores de Gerona. Una mañana se reunieron allí a miles y, agrupados para hacerse compañía en el viaje, partieron para tierras más cálidas, donde sus tenues plumas no dejen pasar el frío del ambiente y donde sus estómagos puedan llenarse con mayor facilidad.



Pero el invierno en Gerona es, además de eso, mañanas y noches de niebla, llorar de piedras antiguas, romanticismo en la visión. Si miráis a San Félix o a la Catedral en una tarde de invierno, en esas tardes en que ni llueve ni deja de llover, veréis como de las piedras hechas filigranas se desprende una melancolía, un llanto como si aquellos monumentos sintiesen nostalgia de tiempos pasados.

El invierno también es Navidad. ¿Quién, en nuestras latitudes, se imagina un día de Navidad pasándolo en la playa y en traje de baño bajo un calor agobiante? Nadie, es decir, nadie no. Solamente aquéllos que lo vivieron «allá abajo, en la Argentina». El invierno para nosotros es frío, es villancico y Belén, es los Reyes para los niños, el agosto para las castañeras, y también la miseria y la incertidumbre para los desvalidos.

Mensaje alegre y triste a la vez es el de la gaviota sobre el Oñar.

GERONA AL TRASLUZ

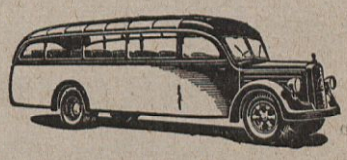
CIUDAD SILENTE

EL último grito de las Ferias gerundenses ha enmudecido hace ya bastantes días y Gerona vuelve a destacar por su tranquilidad monacal, por el mudo recogimiento de sus calles desiertas. La ciudad descansa, mejor dicho, duerme; es de esperar que cuando Navidad asome alegre y dulce a la vez con su cortejo de pesebres, villancicos, luces y sinfonías, abrirá sus ojos cargados de niebla para sonreír una vez más entre el bullicio de niños y grandes. Gerona es una chica seria pero no sosa, una mujer que sabe alegrarse cuando llega la hora y recojerse cuando el último cohete se ha diluído en la oscuridad.

Se ha dicho de Gerona que es una «ciudad gris», pero quizá en este matíz desvaído es donde reside su mayor encanto. Es un algo sutil que escapa a la percepción del visitante atolondrado pero que se filtra poco a poco en la sensibilidad del que vive hora tras hora, minuto a minuto el movimiento cotidiano de la urbe; por algo se la llama ciudad de «mala entrada y mala salida». El silencio de Gerona es sencillo sin ampulosidad, un silencio suavemente acogedor que le hace a uno sentirse a gusto por las calles solitarias, aunque la «magnífica» bruma con que nos obsequia de vez en cuando el Oñar —seguramente para rodearse de cierto hálito poético— nos obliga a caminar con rapidez levantando el cuello del abrigo, temiendo que los clásicos resfriados que tan pródigos se muestran en esta época del año, no nos cojan desprevenidos y nos obliguen a escuchar tras los cristales la sonata brumosa de nuestra vieja ciudad.

INMA DE ESPONA

AUTOCARES
PARA EXCURSIONES
COMAS



FIGUERAS:
Vilallonga, 36 - Teléfono 405
BARCELONA:
Vía Augusta, 29 - Tel. 37 50 15
LOS LÍMITES:
Teléfonos núms. 5 y 10